



# Lejos del corazón

## Lorenzo Silva



DESTINO

## Datos del libro

©2018, Silva, Lorenzo

©2018, Ediciones Destino

Colección: 3ncora y Delf3n, 1435

ISBN: 9788423354023

Generado con: QualityEbook v0.86

*Para Noemí,  
en el centro de mi corazón*

*Para Laura, Pablo, Judith y Nùria,  
que encuentren siempre donde poner el suyo*

# Advertencia usual

COMO de costumbre, los lugares que aparecen en este libro están inspirados, con cierta libertad, en lugares reales. Algún personaje, y alguno de los hechos narrados, se inspiran también en sucesos reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse por tanto fruto de la invención del novelista y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

Del quinzeno grado del signo de Aries es la piedra que tira el oro, e es de su natura caliente e seca, e de color amarie-llo que tira yacunto a parda. E cuando la omne toma en la mano; siéntela lezne e como blanda. Esta tira el oro e fazle quel obedezca, bien como la aimán tira al fierro. E d'esta piedra usan mucho los orebzes o aquellos que quieren el oro apurar. E aun á esta piedra otra virtud, que da muy grand alegría al coraçón, assí el que la cata de mañana andar4 alegre todo aquel día, si nol fizieren sobejanía grand por que entristezca.

ALFONSO X, *Lapidario*

# 1 Una íntima promesa

Quizá el mayor reto del arte de vivir consista en haber descubierto una manera de seguir prendido a los días cuando la vida empieza a mandarte señales de que has empezado a serle prescindible. Y quizá no exista una señal comparable a la que me tocó recibir aquella mañana en la explanada barrida por el viento glacial que bajaba de la sierra: la de ver a uno como tú, pero mejor armado, más limpio y con más hambre de todo, en el sitio exacto que tú ocupaste años atrás.

Eran demasiadas las sensaciones y las emociones con las que tenían que bregar, a la vez, mi cuerpo y mi alma; tantas que me costaba darles un orden para hacerme cargo de ellas. Quizá la primera, o mejor dicho la más perentoria, fuera la que provocaba la presencia a mi lado de mi anciana madre, aterida y sin querer reconocerlo, mientras yo calculaba lo que podía quedarle a la ceremonia y me maldecía por no haberla obligado a abrigarse más y mejor, si es que había tenido en realidad alguna opción de persuadirla de elegir otra indumentaria. De esta desazón colgaba otra, la que no podía evitar sentir por el culpable de todo, mi hijo, cuya decisión nos había conducido a su abuela y a mí a permanecer al aire libre aquella desapacible mañana de diciembre. No llegaba sin embargo este desasosiego a traducirse en alguna forma de reproche hacia mi único heredero: en primer lugar, porque quién era yo para decirle lo que tenía que ser o hacer; y en segunda instancia porque, si miraba en lo más hondo de mí —y tenía costumbre de hacerlo, así como de reconocer sin tapujos lo que del examen se desprendía—, al verlo allí no podía reprimir un pellizco de orgullo. Bobo, y acaso hueco, como suele ser ese sentimiento, pero no por ello menos intenso. Sobre todo aquel revoltijo, el que formaban mi orgullo, mi contrariedad y mi

aprensión por la posibilidad cierta de que mi madre saliera de aquello premiada con una neumonía, tenía que colocar otro peso al que apenas estaba habituado y que nunca había conseguido terminar de creer que me correspondiera: el del tricornio que sostenía en frágil equilibrio sobre mi cabeza y el de las medallas que colgaban de una guerrera en la que muy rara vez solía meterme y que me hacía sentir, con las rigideces de sus costuras, lo poco que me reconocía.

Y envolviéndolo todo estaba ella, con sus asechanzas letales. Ella, la memoria, que en aquella explanada me azotaba a discreción con las estampas del tiempo lejano, de los años entre medias, de todos los días vividos o gastados o perdidos en el camino que me devolvía, como una broma de los dioses, y con la complicidad de mi hijo, al punto de partida. Yo había estado ahí, donde ahora estaba él, una fría mañana de casi treinta años atrás, formando y dispuesto a jurar una bandera en la que creía como en cualquier otra: más bien poco, o en todo caso menos que la mayoría de mis compañeros. Me pregunté de pronto si mi hijo afrontaba aquello como lo había hecho yo en su día, como una formalidad y con alguna mala conciencia de escéptico infiltrado en la asamblea de los creyentes; o si en los meses pasados en la academia, o gracias a alguna experiencia anterior de la que no me había informado, había encontrado la fe necesaria para hacerlo de otro modo.

El hecho era que había sucedido. Mi hijo, al que jamás se me había pasado por la cabeza animar en tal dirección, al que más bien había intentado disuadir por todos los medios a mi alcance de dar un paso como aquel, había decidido continuar la senda de su padre. La senda que yo había tomado en su día por descarte y casi por accidente, y que para él adquiriría, insospechadamente, el sentido de una opción lógica, casi necesaria. Por eso estábamos allí su abuela y yo, en el patio de armas de la academia de guardias civiles y suboficiales de Baeza, bajo la llovizna helada que em-

pezaba a caer y expuestos al viento inclemente que venía desde Sierra Mágina, esperando a que le llegara el turno de llegar desfilando hasta la bandera, descubrirse y restregar su mejilla contra la tela rojigualda. Y un poco más allá estaba también su madre, incapaz de cumplir su amenaza de no ir a verle, pero todavía furiosa conmigo por aquel delito que nunca tuve el afán de cometer.

Mi modesto puesto en la empresa, y sobre todo mi amistad con uno de los profesores de la academia, compañero de promoción, me habían permitido situarnos en un lugar desde el que se veía razonablemente bien la parada, a diferencia del que ocupaba el grueso de los familiares de alumnos; el acto era tan multitudinario que no había posibilidad de colocarlos a todos en las inmediaciones de la formación. Después de varios años de promociones de tamaño mínimo, debido a los recortes presupuestarios, la mejora de las cuentas públicas y la necesidad de cubrir las bajas vegetativas que diezaban la plantilla habían llevado a reclutar de nuevo por centenares a los proyectos de futuros guardias. Entre ellos había abundancia de titulados superiores, como mi hijo, que me había proporcionado, por todos ellos, el motivo para abrazar una profesión que siempre se nutrió de hombres humildes: —Si intento ejercer la abogacía y pongamos que entro en un bufete, me explotarán durante dos años como becario y dándose todo bien me ofrecerán un primer contrato de setecientos u ochocientos euros por un trabajo que será muchas veces rutinario y que haré con desgana, para enriquecer a otro. Ya cuento con que lo de ser guardia civil no siempre será apasionante, pero trabajaré por el bien y la seguridad de la gente y mi primer sueldo, por lo menos, me permitirá vivir con una mínima dignidad. Lo mires como lo mires, no hay color.

Tenía multitud de objeciones contra aquel alegato: podía contarle los sinsabores de toda índole a los que tendría que enfrentarse dentro del uniforme verde, aunque no tuviera que ponérselo mucho, como su padre; o tratar de ten-



tarle con la ganancia alternativa que le aguardaba si perseveraba en la abogacía hasta convertirse en un profesional experimentado y cotizado. Sin embargo, sentí que él lo tenía tan claro como necesitaba tenerlo, que yo no tenía ningún derecho a intentar enturbiárselo y que, en el fondo, no dejaba de latir en su razonamiento una verdad sólida y persuasiva, de la que yo mismo era conocedor, y que temí, con una ligera sensación de culpa, haberle inculcado de manera inconsciente. Era cierto que en las filas del cuerpo a uno le tocaba, además de la sordidez del crimen, apechugar con las limitaciones y miserias de una organización jerarquizada que no siempre colocaba en los escalones de mando a los individuos más excelsos. Pero no lo era menos que, dentro de aquel tinglado militarizado y centenario, al universitario desubicado que también yo había sido —por circunstancias distintas a las suyas— se le había otorgado, más de una vez y contra todo pronóstico, la oportunidad de saborear la sensación de desempeñar un papel no del todo superfluo en el teatro del mundo.

No es necesario que un hombre crea en Dios o en una patria para seguir viviendo, pero sí le es preciso hacer con su vida algo, lo que sea, que le ayude a no dejar de creer que el tipo que le saluda cada mañana en el espejo del baño merece continuar gastando el aire que respira. Eso era lo poco que, pasado el medio siglo, creía haber aprendido sobre la condición humana. Y eso fue lo que vi, hermosamente encarnado, acaso como yo jamás había logrado ni lograría encarnarlo, en ese chaval que se me parecía, pero en mejor, y que al fin se acercaba sin perder el paso hacia la tela de colores que, valiera o significase algo o no —y al respecto, como sobre casi todo, existía entre los naturales del país del que era enseña oficial una abrupta división de opiniones—, iba a simbolizar su compromiso con una forma de vida que me atreví a augurar que no le deshonoraría ni él dejaría nunca de honrar.

Me permití vivirlo así, como una íntima promesa, por sí mismo y por su deber de hacerse el hombre que era. A la vez o más allá de la adhesión patriótica que quizá, no se lo preguntaría, él hubiera llegado a sentir y de la que yo no había podido nunca imbuirme, aunque había aprendido a respetarla en aquellos que la profesaban de corazón y no tenían el mal gusto de servirse de ella para negar a sus semejantes otros credos o descreimientos que fueran más afines a su ser. Y en mitad de aquel frío que me recordaba a mi propia juventud, con las mejillas húmedas por la llovizna, mirando de reojo a mi madre, que con su reciedumbre castellana reprimía a duras penas una lagrimilla, sentí que podía aceptar que todo aquello era bueno, que la sangre de mi sangre sabía lo que se hacía y que yo no debía pedir más.

Luego vino el resto de los actos que contemplaba el protocolo, entre ellos los discursos de rigor del director de la academia y el ministro, menos inertes de lo que en tales ocasiones era habitual, o quizá fuera que yo estaba algo más blando que de costumbre. Pero el hecho es que me gustó escuchar al coronel que tenía la responsabilidad de dirigir el centro donde se formaban los futuros guardias decirles a estos que el patriotismo que se esperaba de ellos no era el rancio e imperativo de otros tiempos, sino el que pasaba por reconocer y amparar la libertad y la creatividad de los ciudadanos; y también tuve la impresión de que quienquiera que le hubiese escrito las palabras al ministro y este mismo, con su entrega al leerlas, lograban convencer a quienes las escuchaban de que el dolor y el respeto que expresaban por la muerte de un par de compañeros, en un desdichado encuentro con una alimaña humana días antes de aquella ceremonia, eran profundos y sentidos.

Tras el recuerdo ritual a ambos y al resto de los que incurrieron en ese gesto tan inactual de darlo todo en acto de servicio a los demás, las compañías de alumnos desfilaron y el acto se dio por terminado. A los familiares se nos

permitió entonces acercarnos a los edificios de las distintas compañías para reunirnos con los nuestros. Deploré como siempre moverme uniformado y cubierto, lo que me obligaba a responder a todos los saludos que me hacían los guardias de menor graduación y a mirar los hombros de quienes podían ser de mayor rango para saludarles yo, fastidio que no me afectaba yendo de paisano. A la puerta de aquel pequeño edificio de planta rectangular, dos más allá del que en tiempos había sido mi casa durante un curso académico, nos arremolinamos unas cuantas decenas de personas.

Ni muy cerca ni muy lejos, a la distancia de cortesía y seguridad que ambos habíamos considerado preferible guardar desde que dejáramos de convivir veinte años atrás, estaba la madre de mi hijo, junto a su marido. Advertí en su rostro que al final se había emocionado, pese a su firme oposición a aquella elección profesional y su consideración reticente y aun cáustica de una institución que no podía dejar de asociar al fracaso vital que compartía conmigo. Todo es desdeñable hasta que pasa a formar parte de nuestra vida o se anuda a nuestro corazón —o, en este caso, se vuelve a anudar—, y por ella, y sobre todo por Andrés, lo único que teníamos ya en común, celebré que trocara el aspaviento y el reparo, siempre ásperos e improductivos, por ese temblor del alma que tal vez la incomodara, pero que acabaría resultándole más reconfortante.

Podría haber ido más allá, podría haber evocado los momentos de esa vida que ella y yo habíamos compartido poco después de mi paso por la academia, ya que verme de nuevo allí me empujaba casi sin querer a recordar; pero había optado tiempo atrás por cegar ese pasadizo, en la convicción de que hay cosas que dejan de ser porque simplemente no debían seguir siendo y de que respecto de ellas tan inoportuno es el rencor como cualquier forma de añoranza. El transcurso de los años me había persuadido de cargar con una mochila ligera y de llevar en ella sólo lo

que me gratificaba, sin guardar de los descalabros más que las lecciones provechosas que me habían deparado.

De manera que cuando vi que se acercaba mi hijo, después de romper filas, con el fusil aún en la mano enguantada de blanco y el tricornio sobre la frente, le hice una seña para que fuera primero a saludar a su madre, que era la que más necesitaba en ese momento de su abrazo. Me apaciguó ver cómo ambos se fundían en él y no me causó mayor disgusto que recibiera de igual modo la felicitación de su padrastro, un tipo que había pasado por su vida sin perjudicarla en modo alguno. Luego vino hacia mí y me saludó algo torpemente, llevándose la mano al tricornio.

—A sus órdenes, mi subteniente —dijo.

Me di cuenta de lo vulnerable e inconsistente que podía llegar a ser mi personalidad cuando sentí, de improviso, que me faltaba el aire y mis ojos se humedecían. Por suerte, supe reaccionar a tiempo:

—Así no se saluda con arma larga. Anda, déjate de chorradas y dale lo primero un beso a tu abuela y luego un abrazo a tu padre.

Acató la orden. Mi madre ya no podía contener las lágrimas, que le resbalaban por las mejillas mientras le decía a su nieto:

—Ay, hijo, qué guapo estás. Ay, qué alegría y qué disgusto.

—Disgusto por qué, abuela.

—Porque yo tenía un tonto y ahora tengo dos tontos. Los dos ahí, a tratar cada día con lo peor de lo peor, mientras otros golfos...

—Para golfo hay que valer, mamá —tercié—. Y me temo que este tampoco vale, así que no es lo más desastroso que podría hacer.

—Ah, no me hagáis caso. Enhorabuena, hijo.

—No te preocupes, me las arreglaré —la tranquilizó, al tiempo que la sujetaba por el hombro—. Si el subteniente

ha podido llegar hasta aqu3 entero y sin que lo expulsen, tampoco ser3 para tanto.

—Eh —lo ataj3—. Un respeto a las canas y los galones, imberbe.

—Est3 bien. ¿Te dejas dar ese abrazo?

—Ya est3s tardando.

Se acerc3 entonces a m3 y con el brazo libre me aferr3 con la fuerza de sus veinticuatro a3os; un abrazo de hierro en el que encontr3 eso que tan pocas veces se encuentra y que es lo 3nico que deber3amos buscar: la verdad de la vida que nos interpela, nos gobierna y al final avala, o no, nuestro paso por el mundo. Ah3 estaba: en el hombre con ganas y verg3enza que era mi hijo y que ya andaba su propio camino, aunque para un observador superficial pudiera parecer que se limitaba a seguir mi rodada. 3l iba a ser lo que yo pero de otra forma, con una soltura que esperaba vivir lo bastante para poder ver y admirar.

—Aqu3 estamos —dijo.

Mene3 la cabeza.

—No, aqu3 est3s. Yo ya voy de retirada. Esta es tu pel3cula.

—Dime que lo apruebas, anda.

—Lo acato. T3 mandas. S3lo te digo una cosa: ahora que est3s aqu3, a saco. No seas nunca uno de esos que se quedan a medias.

—Te lo prometo.

—A m3 no tienes que prometerme nada. Dame otro abrazo.

Estaba as3, con aquel nudo en la garganta y aquella alegr3a grande y desconocida en el esp3ritu, cuando un artefacto diab3lico comenz3 a vibrar en el bolsillo de mi pantal3n. Por una vez lo dej3 sonar hasta que se cort3 la llamada, pero tan pronto como me separ3 de Andr3s volvi3 a zumbar con insistencia, reclamando mi atenci3n. Lo saqu3 y comprob3 que ten3a, adem3s, varios mensajes de WhatsApp. Todos, como las dos llamadas perdidas, de la misma

persona: la sargento primero Chamorro, mi compaera de fatigas, que sabía que andaba en algo en lo que no deseaba ser importunado. Aquello sólo podía significar lo que yo ya sabía. Lo que mi madre y mi hijo supieron también.

—Virginia —leí en voz alta, para corroborárselo.

—Lámala, anda—dijo Andrés.

—No me lo puedo creer —protesté.

—Yo sí —dijo mi madre, resignada.

Me alejé unos pasos de ambos, aunque no dejé de mirarlos de reojo. Andrés se quedó con su abuela, para hacerle compañía mientras yo llamaba. Era raro verlo así, escoltándola de uniforme y con la culata del fusil apoyada en el pavimento, como un centinela fuera de lugar. Unos diez o doce metros más allá, su madre y el padrastro, algo envarados, esperaban a que terminara aquel interludio imprevisto. El plan era que Andrés se volvía con ellos a Madrid para disfrutar de sus días de permiso tras la jura de bandera, mientras yo llevaba a su abuela de regreso a Salamanca, doscientos kilómetros más allá. No tenían más remedio que aguardar a que resolviera lo que me reclamaba.

—Perdona, ya sé que no estás para nada —me dijo Chamorro en cuanto cogió el teléfono—. Tenemos novedades.

—¿A quién se le ocurre matar, en domingo y con este frío?

—No es un muerto, todavía. Que sepamos.

—¿Entonces?

—Un secuestro que se ha puesto chungo.

—Cómo de chungo.

—La familia ha entregado la pasta y el secuestrado no aparece.

—Cuándo.

—El secuestro, anteayer. La pasta, anoche. La denuncia, hoy. Hay dos testigos de cómo se lo llevaron. En plena calle, a la luz del día, a lo bestia. Ya nos estamos poniendo

en lo peor, pero mientras no aparezca un cadáver aún podríamos estar a tiempo de liberar a alguien.

—Pues nada, que pongan gente a ello.

—Me pregunta el comandante cuándo podrías incorporarte.

—¿Dónde ha sido?

—Algeciras. Bueno, San Roque, para ser más exactos.

—En fin. Siempre podría ser Fuerteventura. O El Hierro.

—¿Qué le digo?

—Que estoy en Jaén y tengo que llevar a mi madre a Salamanca.

—Le gustaría que estuviéramos en zona mañana por la mañana.

—Eso sólo nos deja una posibilidad.

—¿A saber?

—Que yo lleve a mi señora madre a su casa, a donde puedo llegar, si salgo ahora y parando para que coma algo, a eso de las siete de esta tarde, y regrese luego a la mía, donde podemos quedar a las nueve, si no hay atasco de vuelta en la carretera de La Coruña. Hago la mochila y tú conduces hasta Algeciras mientras yo ronco detrás.

—Por mí, vale.

—Puedo llegar a roncar bastante.

—Ya sé cuánto.

—Necesitaremos más gente.

—Salgado sale hacia allá con Arnau y Lucía en media hora, para ir desbrozando el terreno. Y están con el asunto, desde el principio, los de la unidad territorial de Algeciras. Si nos hacen falta más refuerzos no hay más que pedirlos. Instrucciones directas del coronel.

—Bueno, pues tenemos un plan —dije.

—Eso parece —confirmó—. Un plan lastimoso.

—Sobre todo para ti, que tienes que conducir.

—A mí conducir me gusta. Y de noche más todavía.